
De lo poco democráticas que son nuestras democracias

Anne Phillips, *Género y teoría democrática* (Isabel Vericat, trad.), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales/Programa Universitario de Estudios de Género, 1996.

Cecilia Rodríguez Dorantes

Tenemos que encontrar un lenguaje político que pueda reconocer la heterogeneidad y la diferencia, pero no por ello capitular en un esencialismo que defina a cada quien sólo por un aspecto”, así termina Anne Phillips su libro *Género y teoría democrática*, donde analiza en profundidad las relaciones que existen entre el feminismo y la democracia liberal.

El punto de partida es que si bien las primeras feministas reconocieron un vínculo entre feminismo y democracia, sus principales preocupaciones iban dirigidas en ese momento histórico hacia otros objetivos. No es sino hasta el siglo XIX, después de una larga historia de lucha, cuando las mujeres exigieron derechos democráticos para ellas.

Desde entonces la vinculación con la tradición democrática se fortaleció, aunque la convicción de que ambos movimientos estaban estrechamente relacionados fue más fuerte por el lado feminista. De tal forma que, hoy día, el movimiento de mujeres es sin duda un terreno virtual de prueba de los ideales más radicales de la democracia.

Uno de los puntos centrales de argumentación de la autora es que el género desafía todas nuestras perspectivas políticas, obligándonos a repensar cada posición y cada concepto. Sin embargo, a pesar de la creciente importancia de la crítica feminista, la teoría política continúa siendo impermeable a ella.

Phillips señala que, con alguna excepción, todo el debate sobre la democracia se ha llevado a cabo como si las mujeres no estuvieran ahí, de tal forma que han sido omitidas en los llamados a la libertad, a la igualdad y a los denominados “derechos del hombre”. Pero hay otra cuestión igualmente preocupante y es que las mujeres son excluidas de la teoría aun cuando se las reconozca en las demandas oficiales.

De acuerdo con la autora, el subtexto en torno al cual escribió este libro es la polaridad entre los valores universales y una experiencia sexualmente diferenciada. Considera que el supuesto convencional de una ciudadanía sin género y abstracta es algo que en la realidad sirve para poner en el centro al

hombre: "Al negar la pertinencia del género, hasta ahora los teóricos democráticos han reforzado la posición del sexo que es históricamente dominante: al identificar la política con [una definición muy particular de] la esfera pública, han hecho de la democracia una coextensión de las actividades que han estado históricamente asociadas con los hombres. En este sentido, y en esta medida, simpatizo de principio a fin con los que destacan la diferencia sexual y ponen en duda el supuesto de que la política debería estar por encima del sexo."

El planteamiento anterior tiene dos implicaciones. Por una parte la necesidad de desarrollar mecanismos representativos que reconozcan explícitamente la diferencia y la desigualdad de los géneros y así garanticen una nueva proporcionalidad entre los sexos en aquellos ámbitos dentro de los que se toman decisiones políticas. Por otra, conduce a poner como base los discernimientos de la política del movimiento de las mujeres para reordenar la relación entre las esferas pública y privada.

A partir del análisis de tres modelos de democracia (democracia liberal, democracia participativa y republicanismo cívico) la autora va señalando, siempre desde el feminismo, los problemas en torno a cada uno de ellos. En este sentido, reconoce que la importancia del feminismo no es que tomará partido por alguno de los modelos de

democracia, sino que puede cambiar la forma de la discusión. De esta manera, el feminismo introduce en el debate sobre democracia temas y dimensiones sustancialmente nuevos, puede transformar los problemas de la democracia y hasta subvertir los principios y las categorías mismas sobre las que se ha creído que se basa.

Género y teoría democrática está organizado en seis capítulos a través de los cuales Anne Phillips enfatiza diferentes ejes conceptuales que comparten los tres modelos de democracia analizados, y menciona las limitaciones de cada uno de ellos para el movimiento de las mujeres. Entre estos ejes destacan los límites de la democracia en cuanto a los grupos que ésta incluye o excluye detrás de un lenguaje pretendidamente universal, las relaciones y separaciones entre los terrenos público y privado y la pretensión del "individuo" como un género neutro.

En relación con la representación de las mujeres, afirma que en los países que reclaman el título de democracias, las mujeres han gozado muchas décadas de igualdad formal, compartiendo con los hombres el derecho al voto, a presentarse a las elecciones y a competir por cualquier cargo político (pero no religioso) en el país. Sin embargo, independientemente de la fecha en que las mujeres obtuvieron sus derechos, ha sido consistente el hecho de que, con excepción

reciente de los países nórdicos, las mujeres figuran en la política nacional en una proporción entre el 2 y el 10%; para los casos de Estados Unidos e Inglaterra, hasta el momento no se ha podido romper la barrera del 5%. De igual forma se observa que el número de mujeres es mayor cuando el poder del cargo es menor.

En cuanto al tema de los espacios público y privado, la autora reivindica para el feminismo el haber planteado que "lo personal es político". Como resultado de esta reivindicación aquellas cosas que se descartaban por triviales hoy en día no se pueden considerar como la consecuencia de una opción individual ya que están estructuradas por relaciones de poder. Cosas que alguna vez se consideraron secretos de la existencia privada son y deben ser de interés público. En este sentido, la división por sexos del trabajo y la distribución también por sexos, del poder son parte de la política, tanto como las relaciones entre las clases o las negociaciones entre las naciones.

Cuando el feminismo enfocó la iluminación a la familia y el hogar, indagó los lugares en los que ocurre la política, extendiendo la demanda de democracia hasta abarcar muchos otros ámbitos. Así, "cuando se redefine la política, también se redefine la democracia".

La autora plantea que si bien la democracia liberal ha triunfado en el reino de la práctica política, no

puede pretender haber ganado la batalla de las ideas. El feminismo ha agregado un peso decisivo a las acusaciones contra la democracia liberal y ha contemplado esta tradición como peculiarmente impermeable a los intereses de género.

Cuando los liberales tratan de abordarnos sólo en nuestra capacidad como ciudadanos abstractos, lo que desean es desaparecer no sólo las diferencias de clase, sino además las de sexo. Una implicación obvia de esto es que la democracia se debe reconceptualizar con la diferencia y debe abordarnos no sólo como individuos específicos sino como grupos.

De igual forma, las distinciones que el liberalismo hace entre los espacios público y privado son particularmente adecuadas para mantener la subordinación política de las mujeres. Los argumentos que subestiman la pertinencia política del espacio privado colaboran a mantener las cosas como están, porque nos conducen a creer que todo está bien a pesar de las absurdas contradicciones entre la vida cotidiana y la esfera pública. Si la supuesta igualdad del voto está continuamente socavada por modelos de patrocinio, sumisión y condescendencia, entonces la sociedad no es democrática.

Finalmente, Phillips afirma que el liberalismo insiste en que las diferencias no deberían importar, pero en sociedades conducidas por intereses de grupo, es

deshonesto pretender que somos lo mismo, y agrega: "Mi propia visión de un futuro deseable en realidad es andrógina y está pasada de moda, y espero con ilusión el momento en que seamos tratadas como personas, y ya no como mujeres u hombres. Pero una cosa es desear este

futuro y otra desear la desaparición de las diferencias. Las estructuras económicas y políticas de las sociedades contemporáneas muestran un alto grado de segregación sexual y racial, y allí donde hay grupos definibles, hay inevitablemente intereses de grupo."